

*salero*. En tus cartas vienes íntegro, y en ti se cumple como en pocos aquello de que «el estilo es el hombre». Al decir *salero* no me refiero a la parte humorística sólo, sino a esa «pajolera» gracia (que decimos en mi tierra) y que a ratos llamamos «ángel» y a ratos garbo y a ratos «garabato». En fin, me refiero a la misteriosa simpatía que emana indefiniblemente, porque sí, natural y fresca como el agua del campo, de algunas almas, y que la tienen a lo mejor en la frase más sencilla, cuando dicen sonrientes: ¡Buenas tardes! Tú, Emilito, tienes de pronto ese rayo en tu frente, y la gracia está en que no te das cuenta. Sin que te parezcas en nada, te diré que tienes «duende», como el cante jondo.

A veces me río de ver lo bien que me conoces. Me sorprende, por ejemplo, cuando hablas de poesía. En esta carta tuya última, al hablar de la tierra, me dices algo del pino y del arroyo, de la piedra y la hierba, y añades de pronto, como clave poética, que en mí verás todo eso trayendo de la tierra «esa veta honda de recorrido cabalístico que sólo tú descubres bajo la superficie de las ramas caídas». ¿Ves? Ahí está todo un sentido de la poesía, en esas palabras dichas intuitivamente al correr de la pluma. Y yo las leo y te siento tan cerca de mí, con ojos tan claros y abiertos, que a mí mismo me sorprendes.

¡Magnífico, Emilio! No hay cosa más espléndida para ser amigos, que esta alegría de la estupenda comprensión de las almas. Por eso tengo yo tanta fe en ti y te lo he dicho ya hace tiempo. Porque tengo fe en tu espíritu, en tu intuición, en esos relámpagos que de pronto te iluminan la frente.

Ya veo que las dos supuestas Colombinas que te acompañaban la tarde última que nos vimos, eran dos mansas corderas, llenas para ti de intangible candor. Una, la que tú llamas la ninfa de Rafael, y la otra una modesta acompañante poco menos que anónima. ¡Lo que hace la distancia! A mí, bañadas de sol en la hora ardiente, se me antojaron vestidas de colorines y hasta me pareció que tañían alegres panderos. Y probablemente irían de hábito y con paraguas.

Me escribió Rafael desde su pueblo. Pena mucho de amor, ya lo conoces, y se consume y se agota. Le hizo polvo un verso que le copié: «Supe lo que es amar porque morí a diario»<sup>10</sup>.

En cambio veo que tu amada de un día que entre frondas del Retiro te parecía una rosa, te resultó, sí, vegetal y olorosa, pero no a puros pétalos suavísimos, sino, ay, a cocineril guisote de cebolla. Te pasó un poco lo que a Don Quijote, sólo que en aquel caballero su imaginación venció a sus sentidos. Comprendo tu carrera huyendo de los dudosos encantos de aquel aliento que tiraba de espaldas.

<sup>10</sup> Así es, y se encuentra en «Bulto sin amor», poema de Mundo a solas (1934-1936): "Sentí diariamente que la vida es la muerte./ Supe lo que es amar porque morí a diario".

Ya veo que el humano de Cossío no ha pasado todavía de las buenas palabras, sin pasar a los hechos en cuanto a colocarte. Me parece muy bien que le escribas a José María. En cuanto a señas, te diré que yo a primero de mes, contestando a una tuya, le escribí a las señas que me dio de palabra todavía en Madrid: Biblioteca de Menéndez Pelayo, Santander. No me ha escrito de nuevo. De palabra también me dio las señas de Tudanca, que son sólo su nombre y Tudanca, por Torre la Vega (Santander). Me dijo que ambas direcciones eran buenas. Yo un día de estos voy a escribirle a Tudanca, por si la otra se ha perdido, y le hablaré de ti como deseas. Tú escríbele a cualquiera de las dos que te doy.

Me alegro mucho de que escribieras a Cayetano. Puesto que te fue a ver su madre, dime exactamente sus señas tal como las pusiste en el sobre. Estoy deseando volverte a ver.

Estoy deseando que resuelvas tu situación económica, pero no me gusta verte desesperado. Claro que descuento ese margen de exageración que tu magnífica veta del Sur te presta; pero de todos modos veo que sí que estás desesperado. ¿No vuelve a funcionar la Escuela de Cerámica, donde trabajaba tu padre? Si todo se reorganiza, gracias a Dios, tan satisfactoriamente, ¿es que esa escuela no va a reanudar sus enseñanzas?

Desde luego escribe a Cossío y píntale con vivos colores la situación tuya y el problema económico. Yo también voy a insistirle.

Estoy seguro que pronto se te resolverá. Entonces cesará ese frunce que desde aquí veo sobre tus ojos y que enturbia tu clara mirada. Quiero que pronto recobres tu plenitud.

Todavía me quedan que contarte cosas. Pero queda para otro día. Escríbeme pronto, siempre te espero con alegría. Tengo muchas ganas de verte, pero no creo que regresemos hasta el 20 o algo más.

Adios, Emilito. Al escribirme dime bien las señas de Cayetano: si le escribiste a él o a Juan. Te abrazo muy fuerte

Vicente

[tarjeta postal]

Miraflores 19.9.1939 Año de la Victoria

Silencioso Emilio: hace un mes te escribí contestando a tu carta, y no he vuelto a tener noticias tuyas. ¿Es el amor, la milicia, la ciencia, la que así te distrae? ¿Acaso la agricultura? A veces pienso que estarás en tu pueblo. Antes la siega, ahora la siembra... Pero todo es compatible, y protesto enérgicamente de que me hagas incompatible con la labranza, ni siquiera con cualquier género de ocupación o diversión. Yo te recuerdo siempre con todo cariño y tengo muchos deseos de volverte a ver. Creo que será pronto porque con este mes pensamos dar por terminada la tem-

porada. Ha sido magnífica. Yo me he dedicado a la naturaleza y vuelvo saturado de su esencia elemental y vivificadora. Emilito, recuerdo a tus Colombinas, tus niñas ligeras; quizá el periodismo; no sé, ¿pero en qué ríos o en qué mares agitas tus brazos poderosos? ¿En qué aguas gratas a tu agilidad juvenil ejercitas tus músculos elásticos? Todo está bien, pero olvidar a los amigos, eso ya no está bien. He creído siempre en tu gran corazón, firme para los nobles sentimientos. ¿Será posible que falle como el caduco corazón de un viejo con asma? No, no lo creo, y desde aquí te veo sonriente y oigo tus palabras casi en cascada, vehementes y cordiales. ¡Bueno, Emilito! ¡Ah! Te pedí las señas completas que pusieras a Cayetano en el sobre, y tampoco me las has dado. Ya ves, y no le he escrito, por ti. ¡Ah, perezoso, «ligero y sin amigo»! El 1º de octubre, Dios mediante, volveremos a Madrid. Te espero enseguida. Tengo muchas ganas de el primer abrazo. Mientras te lo envío, y fuerte, aunque no me hayas escrito.

Vicente

No necesitas avisarme para ir a casa de mis tíos, como siempre. Ve en cuanto puedas, por mí el 2 ya te espero. Escribí a Cossío hablándole de tu asunto.

Madrid 4 —enero— 1940

Queridos Emilio y Rafael: os escribo a los dos, aunque lo probable es que sólo tú, Emilito endiablado, seas el que me leas en la virginal apertura. (Me refiero, ¡claro!, a la del sobre.) Tú, Rafael Pedrísimo, no estarás, pues de seguro cuando ésta llegue a la patria del Arcipreste II tú estarás, quizá, charlando aquí conmigo en esta tu casa. Pero quiero escribiros a los dos. Vuestra carta llegó a mis manos con toda oportunidad. Ya te estaba yo echando de menos, Emilio, y te iba a poner una postal a Galileo comunicándote mi mudanza. Pero ¡ay! ya veo que has empezado la nueva etapa de tu vida, a base de los negocios industriales y lozanos (lozanos, de loza) que te prometías. Vamos a tener que tomar un definitivo odio a tu tío Felipe, que te nos arrebató para hundirte en la sima del papeleo y las cuentas, de la tinta a emplear no el noble arte de la escritura, sino el más bajo menester del libro de Caja. Rafael y yo, cuando él esté aquí, te vamos a echar desgarradoramente de menos, y las juerguecillas poéticas, licoreras y más o menos platónicas, se van a encontrar empalidecidas con la ausencia de tu relampagueante persona. ¿Qué te parece? Yo tenía un vasto programa a base de alegría, buen humor y gritos a la luna, que ahora se nos cae al suelo. Tú, lunático nº 1, «soleado» lunático, porque tienes no sé qué cosa matinal que pondría en fuga con salero a la luna avergonzada, eras un poco grano de pimienta en esa especie de juergueci-

llas platónicas que yo tenía proyectadas. José Luis sería de la pandilla, él, el lunático perfecto, que defendería a la luna de sus soleadas acometidas. Pero a ti acabaríamos viéndote alguna noche borracho de luna, porque tú haces a todo, y estoy seguro que no tendrías inconveniente en besarla una noche en su resplandeciente y un poco bobalicona faz. Mientras, Rafael, grandullón y lírico, lloraría lágrimas gordas, brillantes, como buenos versos redondos, golpeándose ruidosamente el pecho con sus manos calientes. ¡Qué gran programa! En fin, confío en verte por aquí alguna vez, aunque sea entre dos asientos del Libro de Caja. Estas visitas te serán necesarias, para que te sacudas el polvo del pupitre o del escritorio, para que sonriente y ligero te refresques en nuestra compañía y olvides por unas horas la acreditada fábrica de loza de Talavera que hace casi cien años fundó tu bisabuelo. (¿Estoy enterado?)

Leí vuestra carta a José Luis<sup>11</sup>, que me da recuerdos para ti, Emilio. A Rafael lo conocerá aquí. La otra noche le leí unos versos que tú no conoces (¿cómo los vas a conocer si ya no vienes?). Esas lecturas estaban en nuestro programa de embriagales. Decía un gran poeta de hace un siglo, que había siempre que embriagarse de algo: de vino, de poesía o de virtud. El que lo decía, Baudelaire, se embriagó mucho de vino, más aún de poesía, pero muy poco de virtud, y si no que lo diga Juana Duval (aunque la pobre pudre bajo tierra hace 80 años), una negra con la que vivía y que le daba horribles disgustos, de los que brotaban magníficos poemas. Tú, joven entonado y discretísimo, espero que no le imites y que te embriagues sólo de virtud, honestamente, sin vivir con ninguna negra, se llame Juana o Encarnación o como quiera que sea.

Espero que vayas de caza con tu primo Matiitas (¿se llama así o lo he soñado yo?) y que tires a las tórtolas, a las calandrias y a otros pájaros tan poéticos, que encierran en sus gargantas la silvestre canción de los campos, siquiera posean poca carne, cosa de escasa importancia para un ascético muchacho como tú. Pero ¡ay! me temo que sucumbas a las tentaciones de la carne y tires a los conejos, a las liebres y a las suculentas perdices.

Tú, Rafael fantasma (fantasma porque no estarás ahí) espero que hayas recibido mi postal en que te avisaba que la matrícula para el examen de ingreso en la Universidad se abre (se abrió) el 3 y se cerrará el 15 (no sé si el 15 o el 11).

En fin, ¿qué más? Ahora ya sólo felicitaros por la entrada de año. Mis deseos para vosotros los conocéis: felicidad, alegría, abundancia, etc. etc. Que en el año 1940 nos veamos mucho y que juntos disfrutemos los

<sup>11</sup> José Luis Cano (Cádiz, 1912), poeta y crítico. Publicó su primer libro de poemas, *Sonetos de la bahía*, en 1942. En 1986 publicó la correspondencia que Aleixandre le remitiera: *Vicente Aleixandre, Epistolario (1939-1976), Selección, prólogo y notas de José Luis Cano*, Alianza Editorial, Madrid.